

El renacimiento religioso en Cuba

Elementos formadores de la conciencia religiosa del cubano

LA CONCIENCIA RELIGIOSA DEL CUBANO DE NUESTROS días es el resultado del choque entre las distintas etnias y culturas que han ido poblando la isla desde el inicio de la colonización. El primer choque, que es el que se da entre indígenas amerindios y colonizadores españoles, se salda con el aniquilamiento de los tres grupos aborígenes que habitaban el archipiélago cubano a la llegada de Colón. En poco más de una centuria guanajatabeyes, siboneyes y taínos sucumben a la ruda explotación colonial, dejando apenas reminiscencias en la arquitectura rural, el léxico y la raza, amén de su imagen como icono en la santería y ciertos hábitos como el tabaco, muy usado en las ceremonias afrocubanas para sahumar a los *oríshas* (dioses africanos), que en Cuba son fumadores. Con los indios sucumbieron también sus dioses.

El segundo choque enfrenta a los colonizadores y a los africanos arrastrados al Nuevo Mundo en el fondo de los buques negreros hasta más allá de mediados del XIX, y será factor determinante en la formación de la nacionalidad cubana y de su peculiar visión mágico-religiosa del mundo. Como cultura dominada, en el largo proceso de su asimilación, el negro bozal (recién llegado de África) y el negro criollo no sólo hicieron de sus creencias originales el baluarte de su identidad marginada, sino que además lograron imponerla como visión metafísica del cubano en general, llenando de un contenido africano a los dioses cristianos que les impusieron sus superiores blancos y relegando el dogma católico a un papel formal.

La masiva emigración haitiana desatada por la Revolución de Toussaint Louverture a fines del XVIII —emigración que por razones laborales se prolongará hasta más

Jorge A. Pomar

allá de la segunda mitad del XX— trajo a la isla el vudú, un culto que a la postre, dadas las dificultades lingüísticas y la férrea segregación de los haitianos, quedaría confinado a la comunidad haitiana en Oriente como un matiz folclórico regional. En materia de fe, más que asimilar, los haitianos serán asimilados. Por lo demás, este tercer choque interreligioso entra de lleno en el segundo.

Algo similar ocurre con la cuarta ola de inmigrantes: los chinos, que a partir de la segunda mitad del XIX arribaron a Cuba en una cifra que se calcula en más de cien mil (casi un décimo de la población cubana de entonces) y cuyos descendientes han sufrido una lenta pero perfecta asimilación a la cultura cubana, sin dejar huella visible en el campo religioso.

A partir de principios del siglo XIX, y en particular después del cese del dominio español, hace su entrada en la isla un quinto credo religioso: el protestantismo, cuyas sectas ganan adeptos en la clase media urbana. No obstante, la idiosincrasia anglosajona inherente al protestantismo aparecerá a los ojos del cubano corriente como un elemento extranjerizante que no encaja en absoluto en su mentalidad mágico-religiosa.

En las últimas décadas del XIX hace su entrada en la isla el espiritismo kardeciano, cuya variante popular, correrá mejor suerte que el protestantismo, amalgamándose con las religiones afrocubanas, en las cuales el culto a los antepasados se equipara con el culto a los orishas. La «misa espiritual» llegará a ser tan popular en Cuba que a fines de los años 50 ocupaba uno de los programas radiales de más audiencia en el país.

RELIGIÓN VERSUS MARXISMO

El sexto credo es, paradójicamente, un fenómeno de orden socio-político: la Revolución de 1959, que bajó triunfante de las montañas bajo el manto de los iconos que adornaban los grandes pañuelos de los «barbudos» de Fidel Castro: imágenes de Santa Bárbara (Changó), San Lázaro (Babalú Ayé), la Virgen de la Caridad (Ochún), la Virgen de Regla (Yemayá), El Niño de Atocha (Eleguá)... Aquellos pañuelos no eran sino la parte visible del iceberg de protección religiosa que acompañó a los rebeldes, que llevaban en el cuello, en los bolsillos o atados a los calzones un sinfín de amuletos y resguardos afrocubanos, junto a conjuros y oraciones cristianas. Aparte de considerarse amparados por *ebós* (sacrificios), promesas y rezos propios o de sus familiares. Lo cierto es que en los días siguientes al triunfo revolucionario, iglesias, santuarios como los de El Cobre, en Oriente, y San Lázaro, en La Habana, e innumerables altares afrocubanos (Regla de Ocha y Palo Mayombe) se vieron atiborrados de exvotos de sentida gratitud. En la imaginación popular, los dioses africanos, ante cuyos *otanes* (piedras sagradas) habían «movido los caracoles» ambas partes en conflicto —batistianos y castristas— se habían dedidido claramente a favor de los segundos. De este modo —interpretaba el creyente— en la enconada pugna entre tirios y troyanos cubanos, los dioses del Olimpo afrocubano habían acabado por favorecer a las huestes castristas. Más aún, el propio Fidel Castro era y es visto hasta hoy, según la tipología yoruba, como una encarnación de Changó, el más popular de los *orishas*, prepotente y guerrero,

dios del trueno, como el Ares de los griegos o el Wotan (Odín) germánico. Pero no sólo el cubano de la calle pensaba así: en los primeros meses de la Revolución, *Bohemia*, el semanario de mayor circulación en el país, publicaba en portada imágenes de los tres principales líderes revolucionarios con un halo luminoso alrededor de la cabeza.

Sin embargo, pocos años después, la Revolución se proclamó socialista, entrando en una guerra más o menos declarada contra todas las religiones. Por su carácter totalitario, que incluye una fuerte ideología materialista, excluía toda competencia metafísica, convirtiéndose *de facto* ella misma en sucedáneo religioso.

El resultado fue que las iglesias se vaciaron y aún los raigales cultos afrocubanos vieron mermar su feligresía. Si se era o aspiraba a ser militante comunista o a disfrutar de todos los beneficios del sistema —salvo excepciones notables—, no se podía ser creyente. En consecuencia, disminuyeron las manifestaciones externas del culto. Curiosamente, si excluimos al catolicismo —religión oficial y por tanto archiconservadora en tiempos coloniales y republicanos— y al protestantismo —ahora más lastrado que nunca por su origen anglosajón, o sea, como portador de la idiosincracia del gran enemigo del Norte—, los cultos afrocubanos pasaron entonces a un status similar al que tenían antes, o sea, a la marginalidad, como una de las tantas manifestaciones de ignorancia y superstición condenadas a desaparecer bajo las luces de la ilustración revolucionaria.

La actitud popular ante la nueva coyuntura se puede resumir en la siguiente frase: puesto ante la disyuntiva de elegir entre la fe revolucionaria, en la que creía y le convenía creer, y la fe religiosa, que no podía abandonar, el cubano corriente acabó por «guardar» a sus dioses, negándolos en público y haciéndose perdonar la falta con el culto privado. En cuanto a los ritos y sacramentos cristianos, como el bautizo, la comunión, la eucaristía, las misas de difunto o las bodas por la iglesia, prescindió casi completamente de ellos. Sin remordimientos, porque en el fondo nunca habían sido otra cosa que respetables formalidades sociales, más cuestión de prestigio que de fe en un país donde, dado el fortísimo influjo religioso de los negros —demográficamente mayoritarios hasta mediados del siglo XIV—, el catolicismo jamás alcanzó el grado de adhesión característico de las colonias españolas en América del Sur.

CRISIS REVOLUCIONARIA Y DESTAPE RELIGIOSO

A partir de la década del 80, empezó a operarse un vuelco radical en la actitud religiosa de los cubanos. Desde entonces las iglesias católicas han visto aumentar sostenidamente la asistencia a sus templos; están de moda el bautizo y la comunión, otrora los sacramentos más populares e incluso el matrimonio por la iglesia, un tabú absoluto hasta hace poco tiempo. Las homilias de los obispos han ganado en audiencia, al extremo de que en 1991 la pastoral de los obispos cubanos *El amor todo lo puede*, una especie de crítica reformista del estado de la nación, agudizó el conflicto entre la Iglesia católica y el Estado. Las sectas protestantes no se quedan detrás: ganan adeptos en todos los estratos sociales.

Pero el cambio más espectacular se registra en los cultos afrocubanos. En virtud del efecto nivelador de la propia Revolución, amplios sectores de la población blanca se han sumado a los distintos cultos afrocubanos. De repente, la gente no oculta sus *elekes* o collares religiosos, calles y caminos se han llenado de hombres y mujeres vestidos de blanco de pies a cabeza: son los *babalaos* e *ibalochas* (sacerdotes de las Reglas de Ocha y Palo Mayombe) y los *iyabós* (neófitos o iniciados). Están en boga los «registros» o consultas, los exorcismos y despojos. Y el repiquetear de los tambores en los *bembés* o fiestas en honor a los orishas se deja escuchar con más frecuencia. Los niños de pecho vuelven a llevar el infalible lacito rojo con el azabache contra el «mal de ojos» (*ieltatura*). En algunos pueblos de campo son cada vez más los creyentes que, antes de salir por la mañana zumban el jarro o el balde de agua purificador frente a la puerta de la calle para «alejar las malas influencias». El ojo con el puñal hundido en el iris sangrante vuelve a desarmar la mirada del malintencionado en las salas de muchas casas. Se multiplican los *kariochas*, como se denomina en yoruba a los costosos ritos iniciáticos. Se soborna a los empleados de los juzgados para que permitan regar *afochés* (polvos mágicos) en la sala del tribunal. Muchos estudiantes van «cargados» (con resguardos o amuletos) o hacen algún *ebó* propiciatorio antes de presentarse a exámenes. Y aún en los espectáculos deportivos se escuchan voces burlonas que gritan a los jugadores en mala racha: «Oye, no funcionó eso que regaste en la cancha» o «Ese polvo no era bueno». Aparecen cada vez más brujerías (cocos, maíz tostado, gallinas prietas y animales muertos, huevos rotos, racimos de plátanos con cintas coloradas, merengues, caramelos, monedas de cobre, etc.) al pie de árboles sagrados como ceibas, jagüeyes y palmas o en las encrucijadas de los caminos y los cementerios... Han reaparecido los pagadores de promesas con su vestimenta de saco de yute o de los colores del santo correspondiente, pidiendo limosnas por las calles para pagar sus deudas con los orishas.

El 7 de septiembre los habaneros celebran con gran entusiasmo el día de la Virgen de Regla (Yemayá) en la localidad ultramarina de Regla. Un día después, el 8 de septiembre, los orientales acuden masivamente a la Basílica de El Cobre para asistir al homenaje a La Virgen de la Caridad, patrona de Cuba, sincretizada con Ochún, la Afrodita yoruba. La víspera del 4 de diciembre, día de Santa Bárbara o Changó, es otra vez noche de velada masiva en todo el país. El 17 de diciembre, día de San Lázaro o Babaluayé, el milagroso santo leproso de los perros y las muletas, la procesión a su santuario en la localidad habanera de Rincón vuelve a ser una de las más multitudinarias e impresionantes de América.

Un dato inconfeso: los barcos cubanos que desde mediados de los 70 transportaban armas y combatientes a países africanos como el Congo, Angola, Mozambique o Guinea Bissau, traían clandestinamente de regreso, por encargo de *ibalochas*, *babalaos*, *paleros* y *abakuás*, tierra y piedras sagradas de África. De la misma forma, los aviones que regresan de La Habana a La Florida con los emigrados visitantes cargan también extraños envoltorios llenos de tierra y piedras del suelo «sagrado» de la isla, e incluso algún que otro hueso

humano hurtado de los cementerios para las *ngangas* o calderos sacramentales de los mayomberos, que «trabajan con muerto». Y es que a 90 millas de las costas de la isla, el fervor yoruba de los cubanos del exilio, con su casi atávico culto al pasado, supera con creces al de sus compatriotas insulares.

Entre los años 1989 y 1993 —los más graves de la actual crisis—, toda Cuba escuchaba con expectación el inquietante *itá* (oráculo) para el año entrante emitido por los babalaos de mayor reputación. Tras algunas vacilaciones y confrontaciones (sobre todo con el clero católico), la reacción del Estado frente a este escandaloso *revival* religioso se ha ido perfilando poco a poco como una estrategia conciliatoria en busca del reconocimiento de las respectivas competencias de las partes en conflicto.

Un primer paso consistió en abrirles las puertas del Partido a los creyentes que se considerasen revolucionarios, o sea, a quienes, descontando sus discrepancias metafísicas con el marxismo, apoyaran en todo lo demás la línea ideológica de la Revolución. Pero esto presupone un verdadero acto de acrobacia por ambas partes, pues la ideología marxista oficial excluye en principio el sentimiento religioso de la vida. Para aquellos militantes que durante décadas habían tenido que ocultar sus creencias religiosas, significaba reconocer una vieja impostura. Para muchísimos revolucionarios que durante tanto tiempo habían sido discriminados por motivos religiosos, la reivindicación llegaba demasiado tarde. Por lo demás, en unos y otros el fervor revolucionario distaba ya mucho de ser el de los años románticos de la Revolución.

Otra señal inequívoca en tal sentido fue la visita a Cuba del Oni de Ifé (Nigeria), reconocido como el sumo sacerdote de los yorubas y recibido en Cuba con todos los honores correspondientes a un jefe de Estado. Aunque Fidel Castro personalmente, en su oceánica oratoria, jamás había dicho en público una palabra sobre cultos afrocubanos, ni en bien ni en mal (en sus más de 300 páginas, el texto de su entrevista con el clérigo brasileño frei Betto, titulado *Fidel y la religión* no hay ni una sola referencia a los cultos afrocubanos), el gesto de invitar al Oni nigeriano encajaba perfectamente en su activa política africana. De modo que, cuando éste, al despedirse, aconsejó encarecidamente a todos los yorubas cubanos que ante todo había que «querer y cuidar a Fidel», hubo más comprensión que asombro, toda vez que en puridad el conflicto entre el Estado cubano y los cultos afrocubanos jamás se ha planteado en términos políticos, ni siquiera en tiempos coloniales.

No se puede decir que ocurra lo mismo con el catolicismo, pero de hecho la invitación al papa Juan Pablo II apunta en la misma dirección, con la particularidad de que en este caso el gobernante cubano puede legítimamente aludir a su educación jesuíta. Sin embargo, al decir de la *vox populi* criolla, Juan Pablo II es un papa «duro de pelar», que «muerde» (habla) bien español y —polaco de nacimiento—, «se las sabe todas» en materia de socialismo real y surreal. Por otra parte, aunque menos del diez por ciento de la población cubana frecuenta los templos católicos, no es menos cierto que todos los creyentes afrocubanos, negros o blancos, se consideran a sí mismos católicos, apostólicos y romanos, cosa que hasta cierto punto son, al menos sincréticamente. Sea

como fuere, los cubanos, siempre dispuestos a contemplar una buena pelea de gallos finos, esperan expectantes el encuentro entre el *aché* (carisma) del pontífice de Roma y el del «Siete Rayos» del patio, por más que ambos ya hayan visto pasar sus mejores tiempos. *Itá* yoruba: «La sangre no llegará al río».

LOS CULTOS AFROCUBANOS

La *Santería* o *Regla de Ocha* es el principal culto afrocubano y fue introducida en Cuba por esclavos yorubas provenientes de Nigeria. Por su nivel de desarrollo teológico puede ser equiparada con la mitología grecorromana, con la salvedad de que el politeísmo yoruba incluye la existencia de un Dios-Padre preexistente, engendrador de los primeros orishas y, por intermedio de ellos, creador del cielo y de la tierra. Pero este Olodumare (Olofi) —que no es omnisciente ni omnipresente— es un dios «jubilado» que ha dejado a cargo de los orishas la atención de los asuntos terrestres y, por tanto, no es objeto de culto. La relación entre orishas y hombres es similar a la que se observa en la *Iliada* y la *Odisea*: los orishas se inmiscuyen constantemente en los asuntos humanos, tomando partido a favor de los suyos (hijos) en los conflictos y perances de la vida cotidiana, o bien castigándolos cuando incurren en faltas. A su vez, no es raro que *aborishas* (creyentes) e *ibalochas* y *babalaos* (sacerdotes) castiguen a sus dioses —por ejemplo, defenestrándolos, poniéndolos «a dieta» o virándolos boca abajo— cuando, pese a todas las rogaciones y ebós, éstos no les cumplen alguno de sus más caros deseos. Junto a los mitos teo-cosmo y antropogónicos, los *patakies* (leyendas divinas) narran las aventuras y desventuras de los orishas, tan veleidosos y vulnerables como cualquier ser humano. Roban (incluso al mismo Olodumare, el Dios-Padre), pecan y hasta cometen incesto.

Grosso modo, el clero yoruba se compone de *iyabós* (neófitos), *ibalochas* (sacerdotes consagrados) y *babalaos* (máxima jerarquía clerical). Estos dos últimos comparten los distintos cargos y funciones organizativo-administrativas (sacristanía) inherentes a los distintos oficios del culto. La Regla de Ocha carece de una estructura jerárquica centralizada. Cada *ilé* o «casa de santo» (templo), siempre la propia casa del santero, es independiente de los demás y en principio hay tantos como santeros que ejercen el sacerdocio. Aunque existe una comunidad religiosa mayor que el *ilé*, compuesta por todos los iniciados («ahijados») de un santero viejo. Algo así como una jerarquía de la edad, remedo de la antigua estructura tribal africana. Las mujeres juegan un papel muy importante en la Regla de Ocha, pero les está vedado alcanzar el grado máximo de *babalao*.

Una persona puede «hacerse santo», o sea, ordenarse como sacerdote yoruba, por razones de enfermedad y, a sugerencia del *itá* (predicción iniciática), no ejercer el sacerdocio. *Ibalochas* y *babalaos* detentan también funciones de curanderos; antiguamente eran de hecho los médicos de la tribu. En parte siguen ejerciendo esta función, ya sea por medio de la medicina natural (hierbas, cocimientos) o de recursos mágico-adivinatorios (oráculos, «desposos», *ebós*, etc.). Pero por lo general se limitan a complementar psicoterapéuticamente la labor de los médicos profesionales. En Cuba era y sigue siendo

usual que el médico mande al paciente al babalao y, viceversa, que el babalao mande al creyente al médico. En cuanto a las cuitas de la vida cotidiana, más que en sus sistemas adivinatorios y sus virtudes mágico-religiosas, ibalochas y babalao se apoyan en un hondo conocimiento de la psiquis de sus fieles.

Los orishas se comunican con los hombres por diversos medios: signos, sueños o incidentes numinosos. A través de varios tipos de oráculos: 1) El *biagué*, que son cuatro *obinús* (pedazos de coco) que el ibalocha tira al suelo y, según cuántos caigan boca arriba o boca abajo, dan una respuesta positiva o negativa a la pregunta formulada. 2) El *dilogún*, un juego de 16 *cauríes* (caracoles) que, según cómo se combinen al caer, responden con un refrán a la consulta formulada. 3) El *tablero de Ifá*, máximo sistema adivinatorio yoruba y, como tal, prerrogativa absoluta de los babalao. Se supone que el Altísimo (Olodumare) habla aquí por boca de Orula, orisha de la sabiduría. Consta de un tablero mágico y de dos métodos adivinatorios: los *ikines* (16 semillas de palma) y los *ekuele* (12 collares o cadenas de conchas o semillas). Por supuesto, los *odus* (vaticinios) de estos sistemas adivinatorios pueden interpretarse en distintas formas según el caso. En última instancia, si el «santo se emperrea», o sea, se empecina en dar una «letra» nefasta, el ibalocha o babalao repite la consulta. El *odu* puede resultar halagueño (*iré*) o nefasto (*osobo*). El *iré* trae dinero, amistad, amor, salud, prosperidad material o la solución de algún problema. El *osobo* significa lo siguiente de acuerdo con el *odu* o letra:

ODU O LETRA	SIGNIFICADO
Ikú	La muerte
Ona	Castigo
Ofo	Trastornos
Eyó	Líos con la justicia
Areyé	Discordia, odio, envidia
Ogo	Brujería

He aquí algunos refranes del *dilogún* (sistema de adivinación por *cauríes* o caracoles):

ODU O LETRA	REFRÁN
Obará	«El rey no dice mentiras»
Osa	«Su mejor amigo es su peor enemigo»
Eyioko-Eyeunlé	«Quieren quitar a un rey por la fuerza»
Eyiroso-Oché	«Muerto busca a quién llevarse»
Oché-Obara	«Una cosa piensa el borracho y otra el bodeguero»
Obara-Odi	«Perro tiene cuatro patas y coge un solo camino»
Ogunda-Odí	«Lo que se sabe no se pregunta»
Okana Sodi-Ofún	«El que mucho abarca poco aprieta»

Así como la Iglesia se sirve del latín como lengua litúrgica, los sacerdotes de la Regla de Ocha se expresan en yoruba, una lengua que muchos dominan en

distintos grados y que ha hecho numerosos aportes léxicos al habla popular cubana.

Finalmente, los orishas transmiten sus deseos por medio de la posesión mediúmnica de sus adeptos en trance. Se dice entonces: «A fulano lo montó el santo» o: «Mengano se subió». Y el «montado» o «subido» se contorsiona, pone los ojos en blanco y/o ejecuta una danza mimética alegórica que permite reconocer al santo que lo ha montado, al tiempo que repite enfáticamente el mensaje del orisha. Pero en el aparente desorden de estos espectáculos, donde todos los presentes se mueven al compás de cantos y tambores y a veces varias personas entran simultánea o sucesivamente en trance, todo está sujeto a una especie de coreografía litúrgica. Aparte de en el marco ritual apropiado (no en todos los ritos se debe hacer, o en todo caso no todo el mundo) los creyentes pueden entrar en trance en cualquier momento o circunstancia de la vida. Según la creencia, cada individuo tiene su *eledá* o ángel de la guarda y su orisha o dios tutelar.

Los yorubas adoran el monte, los árboles y las piedras sacralizadas u *otanes*, los mares y los ríos, considerados habitáculos de los dioses. Veneran a los difuntos y antepasados casi tanto como a los orishas. Porque, al decir de los santeros: «El muerto parió al santo». Creen en la metempsicosis o transmigración de las almas de los difuntos, que según ellos reencarnan en objetos, plantas, animales y seres humanos. La muerte es en este sentido una transición a otra forma de vida. No hay por tanto una concepción del cielo como premio al buen comportamiento en la vida. Todo lo bueno reside en la tierra. La muerte es una desgracia transitoria y los muertos están siempre presentes y pueden hacer bien o mal; es preciso rendirles culto y estar siempre en buenos términos con ellos.

Aunque su origen es diferente, las *Reglas Congas*, también llamadas *Palo Monte* o *Palo Mayombe*, y la *Regla Abakuá* o *Ñañiguismo*, presentan numerosas afinidades con la Santería o Regla de Ocha. Los adeptos de ambas no sólo reconocen como propias a las principales divinidades del panteón yoruba y comparten la mayor parte de sus fundamentos, sino que además suelen ser a la vez creyentes yorubas, pudiendo «tener santo hecho» y ejercer como ibalochas o babalaos.

La diferencia entre Regla de Ocha y Palo Mayombe radica en que *paleros* o *mayomberos* —también conocidos como *nganguleros*— ponen el énfasis en el aspecto satánico, «apropiándose» del espíritu de los *npungus* (difuntos) para hacer «daño» o incluso causar la muerte de un enemigo suyo o de su cliente. «El muerto cierra un pacto con el vivo y hace todo lo que el vivo le manda», dijo un mayombero famoso. A tal efecto, la *nganga* (caldero o prenda mágica del ngangulero), debe contener huesos del muerto con que ellos «trabajan». De la fortaleza de la personalidad a la que hayan pertenecido los huesos depende el mayor o menor poder de la *nganga* y del ngangulero, a quien acuden los creyentes para destruir a sus adversarios o resolver algún problema de otra índole. El ngangulero puede haberse iniciado en el llamado «mayombe judío» o maléfico (*nkisi*) —nótese aquí el uso del léxico despectivo católico—

o en el «mayombe cristiano» o benéfico (*ndoki*). En el segundo caso las afinidades con la Regla de Ocha, en principio consagrada al bien, son obvias. Por lo demás, el ngan gulero es un gran conocedor del monte y de las hierbas y plantas que curan los males del cuerpo y el alma. Una diferencia esencial con la santería es que las mujeres pueden alcanzar el grado máximo de *mama-nganga*, equivalente al de *papa-nganga* o *taitanganga* en los hombres. Su predilección por el mundo de los difuntos, emparenta a la Regla de Palo Monte con el espiritismo popular. La lengua litúrgica del ngangulero es un kicongo cubanizado.

En otro tiempo, los mayomberos tenían fama de sacrificar seres humanos para dar sangre a sus *ngangas*. La prensa sensacionalista tejió toda una leyenda macabra alrededor de la Regla de Palo Monte. Y cada vez que desaparecía un niño, se temía que hubiese ido a parar al caldero mágico de un «brujo» o sea, un mayombero. Sin embargo, nunca se pudo comprobar un hecho semejante.

Por su carácter esotérico, su profusa ritualidad, su culto a la «hombría», sus tabúes sexuales y alimentarios, su riguroso código de conducta y la presencia de un mito originario y un secreto vedado a los profanos, la *Regla Abakuá* o *Ñañiguismo* ha sido comparada con el orfismo y el culto de Eleusis en la antigua Grecia. Aunque, según el mito genesiaco de los abakuás, una joven imprudente (Sikán) revela al enemigo el gran secreto de Tanse, el Pez Sagrado, contaminando para siempre a todo el sexo femenino, en lo adelante considerado impuro y por tanto excluido de los ritos. En el sacrificio del *mbori* (chivo) se simboliza el holocausto de Sikán. Descontando este aspecto, el Ñañiguismo es ante todo una cofradía de la sangre, una especie de masonería de socorro y defensa mutua originaria del Calabar, en el sur de Nigeria, y establecida a partir de 1836 en La Habana y Matanzas con fines semejantes, pero en el contexto de la esclavitud. Los *ecobios* (miembros) de una misma «potencia» o «juego» abakuá están unidos entre sí por el pacto de sangre iniciático. Para fundar una nueva potencia se requiere la autorización de alguna de las existentes. Por lo demás, cada potencia es independiente de las demás. Pese a esporádicos hechos de sangre, el Ñañiguismo adquirió un enorme prestigio entre los esclavos, suscitando a la vez justificados temores en la población. Los requisitos raciales y sociales (al principio sólo los esclavos podían «jurarse») no tardaron en relajarse y pronto hicieron su entrada en las potencias abakuás los negros libertos y los mulatos. En 1857, apadrinada por la potencia Bakokó Efor, se fundó el primer «juego» blanco bajo el nombre carabalí de *Akanarán Efó Ecobio Mukarará* (Madre Efó de Iniciados Blancos), que pronto apadrinaría a su vez a otras potencias integradas por blancos. Existió incluso una potencia abakuá asiática.

Pese a esporádicos hechos de sangre (el estricto código del honor de los ñañigos exige que las ofensas graves se paguen con la muerte) y la presencia de criminales y matones entre sus miembros, el prestigio de los abakuás llegó a ser tal que muchos políticos de la época republicana (1902-1959), a título de *ecobios* o de amigos de algún jerarca abakuá, recababan su apoyo en pasquines electorales redactados en carabalí, lengua litúrgica de los ñañigos, que

además cuentan con una compleja escritura ideográfica conocida con el nombre de *ereniyó*.

Originalmente mayomberos y paleros se «rayaban», esto es, se hacían incisiones alegóricas en la piel —sobre todo en los ritos iniciáticos—, como aún se observa en África. Pero con el tiempo las rayaduras se han ido limitando a trazos de colores o pequeños cortes apenas visibles.

EL SINCRETISMO RELIGIOSO AFROCUBANO

Por lo general se entiende por sincretismo afrocubano la fusión del catolicismo con los cultos africanos, y en particular la identificación espontánea que estableció el esclavo —cristianizado a la fuerza, pero también por afinidad y conveniencia propia— entre sus orishas proscritos y los santos católicos. Veamos algunos de los principales ejemplos de equivalencias entre deidades de las cuatro religiones reseñadas:

CRISTIANISMO	REGLA DE OCHA	REGLA DE PALO	REGLA ABAKUÁ
Dios	Olodumare	Nsambi	Abasí
Santa Bárbara	Changó	Nsasi	Okún
		«Siete Rayos»	
Virgen de las Mercedes	Obatalá	Mamá Kengue	Obandío
		«Tiembla-Tierra»	
El niño de Atocha	Eleguá o Echu	Nkuyu Nfinda /	Efisa
		«Lucero Mundo»	
San Pedro	Ogún	Sarabanda	Sontemí
Virgen de la Caridad	Ochún	Chola Wengue /	Yarina Bondá
		«Siete Ríos»	
San Lázaro	Babaluayé	Tata Kañeñe /	Yiniko
		«Para Llaga»	
Virgen de Regla	Yemayá	Ma Kalunga /	Okandé
		«Madre de Agua»	
Virgen de la Candelaria	Oyá	Kariempembe /	Onifé
		«Centella»	

Cuando el cubano rinde culto a alguno de estos iconos católicos, en realidad su mente está más bien en los atributos y virtudes del homólogo africano. De ahí que el sincretismo religioso afrocubano se reduzca más bien a la natural adaptación de los cultos africanos al nuevo entorno humano. El uso del agua bendita y el crucifijo, la práctica de sacramentos católicos como el bautizo y la comunión o incluso la devoción por la Semana Santa o el Día de los Fieles Difuntos, el gusto por la fastuosidad y la iconografía católicas, no son fenómenos orgánicos en los cultos afrocubanos, que en lo sustancial siguen siendo los mismos que se practican hoy día en la actual Nigeria o el Congo.

Refiriéndose a la influencia católica en los cultos afrocubanos, en su monografía *Yemayá y Ochún* la etnóloga cubana Lydia Cabrera subraya el papel de:

...un catolicismo popular, pagano, fetichero, que a la vez que confiaba en la eficacia de las velas benditas por el cura [...], en reliquias, medallas, escapularios y oraciones, aún confiaba más en amuletos y talismanes. Creía en el diablo, en brujas y duendes, en almas en pena y malos espíritus que como en África se apostaban en las encrucijadas, y en polvos, brebajes, yerbas, fumigaciones y brujerías.

Ni qué decir que el africano, en contacto cotidiano con este catolicismo herético —hoy como ayer predominante en el mundo cristiano— debe de haberse sentido como el pez en el agua. Ni la ortodoxia católica ni su herejía popular han influido cualitativamente en los cultos afrocubanos. Lo que sí han provocado son cambios cuantitativos. De modo que, más que de fusión sincrética, cabe hablar aquí de adaptación transculturativa, coincidencia y coexistencia.

Si tomamos en cuenta la azarosa vida del cubano en todos los tiempos, la precaria situación de las masas populares, la inestabilidad de la vida cotidiana, la influencia de la cultura de la caña de azúcar con sus alternantes ciclos de trabajo y tiempo muerto, los igualmente cíclicos y destructores huracanes tropicales (ciclones), los cambios de gobiernos con su secuela de desempleo cada cuatro años para los pequeños y grandes funcionarios del partido derrotado, la alternancia de dictaduras y democracias corruptas, y un largo etcétera de incertidumbres, no será difícil comprender por qué la concepción mágico-religiosa del africano acabó por predominar en el carácter del cubano típico, que concuerda a la perfección con la tipología y la concepción de la vida y el destino inherentes a los cultos afrocubanos.

Cuando, pongamos por caso, en la isla y en Miami se dice que una persona es «hijo» de Changó, Ochún, Obatalá, Ogún o Yemayá, no hace falta decir más sobre su carácter y lo que cabe esperar de ella. Asimismo, en el orisha Eleguá, ese diablillo socarrón que abre y cierra los caminos según una lógica disparatada, que lo mismo dispensa el bien al malo que el mal al bueno, encarna la concepción del destino del cubano. Halagar a los veleidosos orishas, consultar su voluntad mediante los sistemas adivinatorios, «hacerse santo» o despojarse para alejar los maleficios, recabar el apoyo de los difuntos, proveerse de resguardos y amuletos, recurrir a la magia de los *afochés* (polvos mágicos) para resolver un problema amoroso, o asociarse a una secta abakuá, son en el fondo formas de enfrentamiento a un mundo lúdico y real-maravilloso, sin goznes ni puntos cardinales, intentos mágicos de revertir la propia suerte, tan válidos como, por ejemplo, el juego de interés, otra de las pasiones del cubano.

En La Habana —refiere la etnóloga Lydia Cabrera en la obra citada— se gastaba en un mes en buena cera de Castilla lo que en un año en otras ciudades [...]. Como era excesivo también el consumo de barajas. Diez mil docenas de cartas de barajas se importaron el año 1823, lo cual, teniendo en cuenta la población de la isla en aquella época [apenas un millón de habitantes], era una cantidad considerable.

CONCLUSIONES

El afrocubano —y ya aquí incluimos a negros, mulatos, blancos y amarillos—, es decir, el «cubano de pura cepa», es culturalmente un mestizo. Pero en materia de religión ese mestizaje se da en forma de una doble, triple, cuádruple y hasta quádruple filiación religiosa en el mismo individuo, puesto que muchos cubanos son a la vez católicos, santeros, paleros, ñañigos y, por supuesto, espiritistas, amén de creer en el horóscopo y el calendario chino, pero siempre capaces de distinguir entre lo que es de un culto y lo que es del otro. Y como hemos visto en el caso de los tantos militantes del Partido obligados a negar su fe religiosa, se puede incluso ser ateo en público y creyente en privado. Todo es posible en una isla real-maravillosa cuyos nativos, en materia de fe, son tan abigarrados y barrocos como en el color de la piel.

El actual renacimiento religioso cubano es consecuencia del ocaso del interregno de estabilidad política y relativa seguridad material abierto por la Revolución de 1959. Como ocurrió en los países socialistas de Europa del Este, cuando las «aguas hayan vuelto a coger su nivel» y sobrevenga el inevitable cambio, las iglesias católicas y protestantes volverán a vaciarse como por arte de magia, retornando a su papel de antes, y como religiones genuinamente populares sólo quedarán sobre el terreno de la isla —aparte del espiritismo y un cristianismo herético afin— unos cultos afrocubanos considerablemente fortalecidos. Porque es bien cierto que el «perro religioso» cubano tiene más de cuatro patas y anda confuso, pero cada vez tira más para el camino de la herejía. Quieran los orishas que también en todo lo demás se aleje de los dogmas y enrumbe por un camino que tal vez tampoco sea de gloria pero que al menos congenie con la índole de nosotros, los afrocubanos, amantes del ron, el tabaco, el café, la comunión de las razas, la chanza, la rumba y la buena vida, pero también —en interés de todas estas bondades— amantes de la libertad y el trabajo debidamente remunerado.